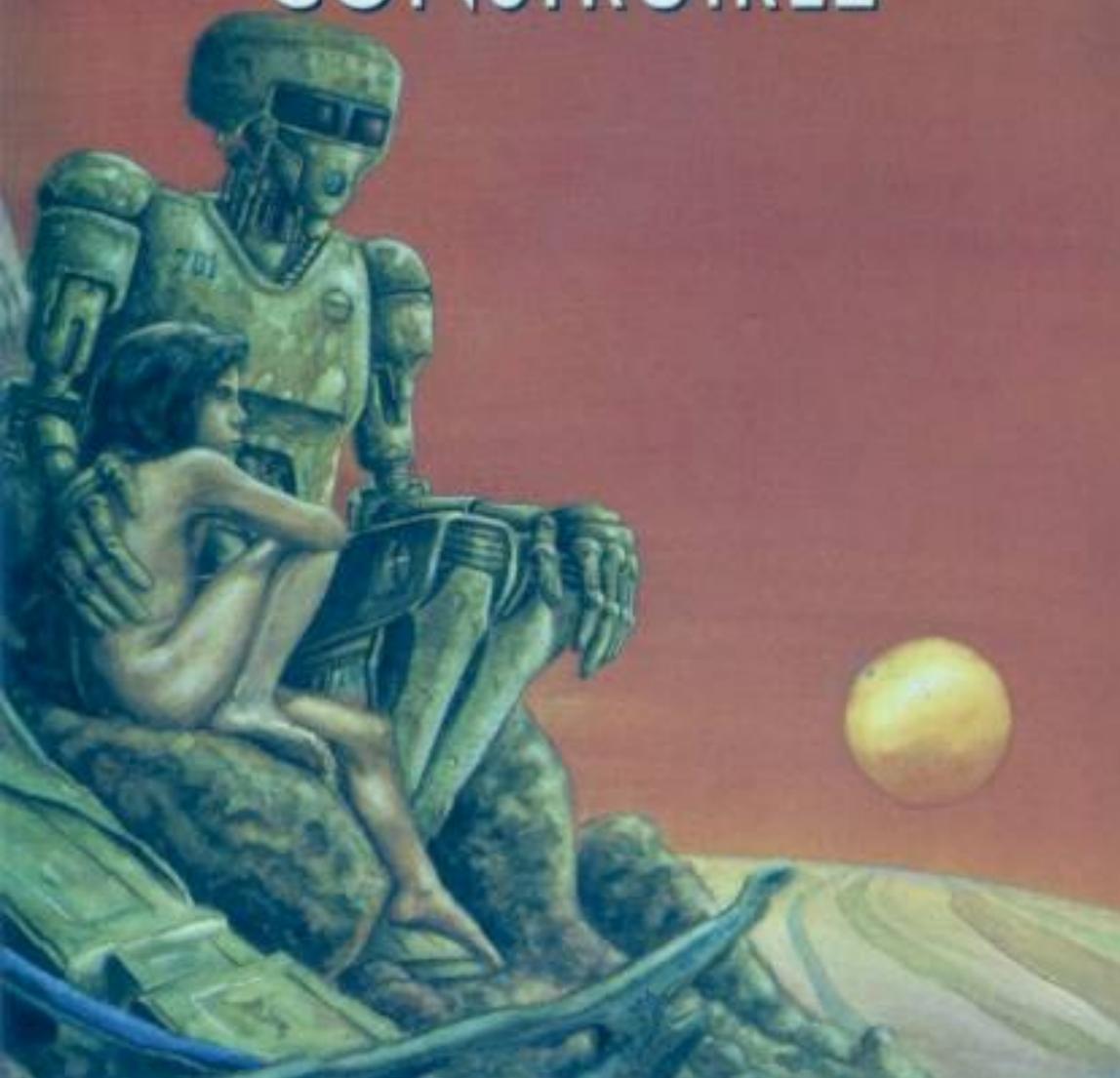


Superficción 2
SEGUNDA EPOCA

Philip K. Dick

**PODEMOS
CONSTRUIRLE**



Para mantener la competitividad de sus productos una compañía en decadencia se lanza a un proyecto alocado: la construcción de simulacros, réplicas robot de seres humanos. La idea inicial es hacer revivir personajes históricos, e incluso se plantea la posibilidad de reconstruir la guerra civil americana. El proyecto sigue adelante con éxito y los primeros simulacros se ponen en funcionamiento. Uno de ellos, el propio Abraham Lincoln.

Aunque concebida como novela independiente, el futuro descrito en *Podemos construirle* se relaciona en ambientación con *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, en la que se basó el film *Blade Runner*, y *Los simulacros*, núm. 109 de la colección Super Ficción, con las que forma una especie de tríptico de una sociedad en la que los androides se confunden con los humanos.

A Robert y Ginny Heinlein, cuya amabilidad hacia nosotros significó más de lo que pueden expresar las palabras.

Nuestra técnica de ventas se perfeccionó a principios de los años setenta. Primero poníamos un anuncio en cualquier periódico local, en la sección de clasificados.

Espineta y órgano electrónico, reventa, en perfecto estado. SACRIFICIO. Se precisa dinero en efectivo o buen crédito en esta zona para hacerse cargo de los pagos antes de regresar a Oregon. Contactar con la Compañía de Pianos Frauenzimmer, señor Rock, Encargado de Créditos, Ontario, Oregon.

Hemos publicado este anuncio durante años en los periódicos de una ciudad a otra, por los Estados occidentales y en el interior de Colorado. Toda la acción se desarrolla siguiendo una base científica y sistemática; usamos mapas y nos movemos de forma que ninguna ciudad queda al margen. Estamos constantemente en la carretera con nuestros cuatro camiones de turbina, un hombre en cada camión.

Así que publicamos el anuncio, digamos en el *Independiente de San Rafael*, y pronto empiezan a llegar cartas a nuestra oficina en Ontario, Oregon, donde mi socio Maury Rock se encarga de ellas. Clasifica las cartas y hace listas, y cuando tiene suficientes contactos en un área determinada, digamos alrededor de San Rafael, manda un cable al camión. Supongamos que Fred está ahí abajo, en Marin County. Cuando recibe el cable, saca su propio mapa y

confecciona una lista de llamadas en una secuencia apropiada. Y entonces busca un teléfono y llama al primer cliente potencial.

Mientras tanto, Maury ha mandado una carta de respuesta a cada persona que ha contestado al anuncio.

Querido Señor Tal y Cual:

Nos alegramos de recibir respuesta suya a nuestro anuncio en el Independiente de San Rafael. El encargado de este asunto lleva fuera unos cuantos días y por eso hemos decidido mandarle su nombre y dirección con la petición de que contacte con usted y le proporcione todos los detalles.

La carta sigue rodando pero ha hecho un buen trabajo para la compañía durante años. Sin embargo, últimamente, las ventas de órganos electrónicos han descendido. Por ejemplo, en la zona de Vallejo vendimos cuarenta espinetas no hace mucho, y ni un sólo órgano.

Ahora bien, este enorme balance a favor de la espineta en detrimento del órgano electrónico, en términos de venta, nos llevó a mi socio Maury Rock y a mí a una discusión.

Fui a Ontario, Oregon, tras haber estado en el sur, en los alrededores de Santa Monica, discutiendo con algunos santurriones que habían invitado a la policía a localizar nuestra empresa y nuestro método de operaciones..., una acción gratuita que no condujo a nada, naturalmente, ya que nuestras operaciones son estrictamente legales.

Ontario no es mi ciudad natal, ni la de nadie más. Soy de Wichita Falls, Kansas, y cuando era un adolescente me trasladé a Denver y luego a Boise, Idaho. En algunos aspectos, Ontario es un suburbio de Boise; está cerca de la frontera de Idaho: se cruza un largo puente de acero y se llega a una tierra llana de cultivos. Los bosques de la zona oriental de Oregon no se dan tan tierra adentro. La mayor

industria es la fábrica Orelde de puré de patatas, especialmente su división electrónica, y hay un montón de granjeros japoneses que fueron recluidos durante la Segunda Guerra Mundial y ahora cultivan cebollas o cosas así. El aire es seco, las casas baratas y la gente hace sus compras en Boise, una gran ciudad que no me gusta porque no se puede encontrar en ella comida china decente. Está cerca de la Ruta de Oregon, y el trazado del ferrocarril la atraviesa de camino a Cheyenne.

Nuestra oficina está instalada en un edificio de ladrillo que se encuentra en el centro de la ciudad, frente a unos grandes almacenes. Tenemos enredaderas alrededor del edificio. Su color parece una bendición cuando uno llega del desierto de California y Nevada.

Así que aparqué mi polvoriento Chevrolet descapotable Magic Fire, crucé la acera hacia nuestro edificio y su cartel:

SAMA ASOCIADOS

SAMA son las iniciales de SISTEMAS ACÚSTICOS MÚLTIPLES DE AMÉRICA, un nombre compuesto de tipo electrónico que inventamos debido a nuestra fábrica de órganos electrónicos, en la que estoy muy involucrado gracias a mis lazos familiares. A Maury se le ocurrió la idea de la Compañía de Pianos Frauenzimmer, ya que el nombre iba mejor con nuestras operaciones. Frauenzimmer es el apellido original de Maury; Rock también es una invención. Mi nombre auténtico es tal como lo digo: Louis Rosen, que es como se dice rosa en alemán. Un día le pregunté a Maury qué significaba Frauenzimmer y me dijo que feminidad. Le pregunté por qué había escogido Rock en concreto.

—Cerré los ojos y cogí un volumen de la enciclopedia, y decía ROCK a SUBUD.

—Cometiste un error —le dije—. Deberías haberte llamado Maury Subud.

El portal de nuestro edificio data de 1965 y tendría que ser reemplazado, pero no tenemos dinero. Abrí la puerta y me dirigí al ascensor, que es de los automáticos. Un minuto

después entraba en nuestras oficinas, donde los amigos charlaban y bebían.

—Nos ha pasado el tiempo —me dijo Maury de inmediato—. Nuestro órgano electrónico está obsoleto.

—Te equivocas. Se tiende hacia el órgano electrónico porque es así como los Estados Unidos están entrando en la exploración espacial: gracias a la electrónica. Dentro de diez años no venderemos una espineta al día; la espineta será una reliquia del pasado.

—Louis —dijo Maury—, por favor, mira lo que han hecho nuestros competidores. La electrónica puede que marche hacia adelante, pero sin nosotros. Mira el Órgano de Sensaciones Hammerstein. Mira la Euforia Waldteufel. Y dime por qué querría nadie como tú producir música.

Maury es un tipo alto, emocionalmente excitable, algo propio de los hipertiroides. Sus manos tienen tendencia a temblar y hace la digestión demasiado rápido; le están suministrando píldoras, y si no funcionan tendrán que administrarle yodo radiactivo un día de éstos. Si se pusiera recto, mediría dos metros. Tiene, o tuvo alguna vez, el pelo negro, muy largo pero débil, y los ojos grandes, y una especie de mirada de desconcierto, como si las cosas salieran mal por todas partes.

—Ningún instrumento musical bueno se queda obsoleto —dije.

Pero Maury tenía razón. Lo que había acabado con nosotros eran las extensas investigaciones cerebrales de mediados de los años sesenta y las técnicas de electrodos profundos de Penfield, Jacobson y Olds, especialmente sus descubrimientos sobre el cerebelo. En el hipotálamo residen las emociones, y al desarrollar nuestra oferta de órganos electrónicos no lo habíamos tenido en cuenta. La fábrica Rosen nunca se dedicó a la transmisión de ondas de frecuencia selectiva, que estimula células muy específicas del cerebelo, y desde luego fracasamos desde el principio al

no ver lo fácil (y lo importante) que sería conectar los circuitos a un teclado blanco y negro.

Como la mayoría de la gente, he toqueteado las teclas de un Órgano de Sensaciones Hammerstein, y me gusta. Pero no hay nada creativo en él. Cierto, se pueden conseguir nuevas configuraciones de estímulos cerebrales, y por tanto se producen emociones completamente nuevas en la cabeza que de otra forma nunca aparecerían. Se puede — en teoría— conseguir la combinación que te haga llegar al nirvana. Tanto la corporación Hammerstein como la Waldteufel tienen un gran premio para el que lo consiga. Pero eso no es música. Es escapismo. ¿Quién lo quiere?

—Yo lo quiero —había dicho Maury ya en diciembre de 1978.

Y se fue a contratar un caro ingeniero electrónico de la Agencia Espacial Federal, esperando que pudiera crear para nosotros una nueva versión del órgano estimulador del hipotálamo.

Pero Bob Bundy, a pesar de ser un genio electrónico, no tenía experiencia con los órganos. Había diseñado circuitos de simulacros para el Gobierno. Los simulacros son los humanos sintéticos que siempre imagino como robots; los utilizan para la exploración lunar, y los lanzan de vez en cuando desde el Cabo.

Las razones que hicieron que Bundy dejara su trabajo en el Cabo son oscuras. Bebe, pero eso no contrarresta su capacidad. Se va de putas. Pero eso lo hacemos todos. Probablemente le echaron porque es un riesgo para la seguridad; no es que sea comunista (Bundy nunca podría haber sospechado ni siquiera la existencia de ideas políticas), sino que parece tener un poco de hebefrenia. En otras palabras, se evade sin darse cuenta. Tiene las ropas sucias, el pelo despeinado, no se afeita y no te mira a los ojos. Sonríe como un loco. Es lo que los psiquiatras de la Oficina Federal de Salud Mental llaman «dilapidado». Si alguien le hace una pregunta, piensa que no puede contestarla; se blo-

quea. Pero con las manos es condenadamente bueno. Puede hacer su trabajo, y bien. Por eso no se le aplica el Acta McHeston.

Sin embargo, en los muchos meses que ha estado trabajando para nosotros, no he visto ningún invento. Maury en particular, ya que yo siempre estoy en la carretera, está en contacto con él.

—La única razón por la que te sientes tan apegado a esa guitarra hawaiana electrónica —me dijo Maury—, es porque tu hermano y tu padre la fabrican. Por eso no puedes soportar la verdad.

—Estás utilizando un recurso ad hominum.

—Intelectualismo judío —replicó Maury.

Obviamente, estaba bien cargado. Todos lo estaban, ya que habían estado bebiendo bourbon Ancient Age mientras yo estaba en la carretera haciendo la ruta.

—¿Quieres que dejemos de ser socios? —dije.

Y en ese momento lo estaba deseando, por causa de su observación de borracho hacía mi padre, mi hermano y la Fábrica de Órganos Electrónicos Rosen en Boise con sus diecisiete empleados permanentes.

—Vi las noticias de Vallejo y eso indica la muerte de nuestro producto principal —dijo Maury—. A pesar de sus seiscientas mil combinaciones tonales posibles, algunas nunca oídas por los seres humanos. Eres un gusano como el resto de tu familia por esos ruidos vudú del espacio exterior que hacen tus artilugios electrónicos. Y tienes el valor de llamarlo instrumento musical. No tendría un órgano electrónico Rosen de seiscientos mil dólares aunque me lo dejaras a precio de coste. Preferiría tener un nido de serpientes.

—De acuerdo —chillé—, eres un purista. Y no son seiscientos mil, sino setecientos mil.

—Esos circuitos no hacen más que ruido y sólo uno —dijo Maury—, por mucho que lo quieras modificar... básicamente es sólo un silbido.

—Se puede componer con él —señalé.

—¿Componer? Es como crear remedios para enfermedades que no existen. Más vale que le pegues fuego a la parte de la fábrica de tu familia que hace esas cosas o reconviértela, Louis, maldita sea. Reconviértela en algo nuevo y útil para que la humanidad pueda apoyarse en ella mientras dure su doloroso ascenso. —Se tambaleó, señalándome con el dedo—. Ahora nos dirigimos al cielo. A las estrellas. El hombre ya no está encadenado. ¿Me escuchas?

—Te escucho. Pero recuerda que Bob Bundy y tú sois quienes tenéis que empollar la solución a nuestros problemas. Y ya lleváis meses y no habéis conseguido nada.

—Tenemos algo. Cuando lo veas, estarás de acuerdo en que está orientado al futuro sin ninguna duda.

—Muéstramelo.

—Muy bien. Iremos a la fábrica. Y que estén tu papaíto y tu hermano Chester es justo ya que serán ellos quienes lo producirán.

Bundy, de pie y con una bebida en la mano, me sonrió con su típica mueca indirecta y serpentina. Toda esta comunicación interpersonal probablemente le ponía nervioso.

—Nos vais a llevar a la ruina —le dije—. Tengo un presentimiento.

—Nos arruinaremos de todas formas si nos quedamos con tu órgano electrónico WOLFGANG MONTEVERDI, o como quiera que tu hermano Chester le ponga este mes.

No respondí. Lleno de tristeza, me serví un trago.

2

El Modelo de Salón Jaguar Mark VII es un coche grande y antiguo, una pieza de coleccionista con faros antiniebla, una parrilla como la del Rolls, y asientos de cuero, salpicadero de nogal y muchas luces interiores. Maury conservaba este viejo Mark VII en perfectas condiciones, pero no pudimos ir a más de ciento cuarenta kilómetros por hora por la autopista que conecta Ontario con Boise.

Aquel ritmo tan lánguido me impacientó.

—Escucha, Maury. Me gustaría que empezaras a explicarte. Descríbeme el futuro con palabras.

Maury, al volante, dio una calada a su cigarro Corina Sport, se echó hacia atrás y dijo:

—¿En qué piensa hoy Norteamérica?

—En el sexo.

—No.

—En dominar los planetas del sistema solar antes de que lo haga Rusia.

—No.

—Está bien, dímelo entonces.

—En la Guerra Civil de mil ochocientos sesenta y uno.

—Oh, por el amor de Dios...

—Es la pura verdad, amigo. Esta nación está obsesionada con la Guerra entre los Estados. Te diré por qué. Porque fue la primera y única gesta nacional en la que participamos los norteamericanos, por eso. —Me echó el humo del Corina Sport a la cara—. Hizo que los norteamericanos maduráramos.

—Pues no es algo en lo que yo piense.

—Podría plantarme en cualquier calle atestada de cualquier ciudad en los Estados Unidos y elegir diez ciudadanos al azar, y si les preguntara en qué piensan, seis de cada diez me dirían: «En la Guerra Civil de mil ochocientos sesenta y uno». Llevo trabajando en las implicaciones, en el lado práctico desde que lo averigüé, hace unos seis meses. Esto tiene gran importancia para SAMA ASOCIADOS. Si queremos, claro. Si estamos alerta. Sabes que celebraron el Centenario hace más o menos una década, ¿recuerdas?

—Sí. En mil novecientos sesenta y uno.

—Y fue un fracaso. Unos cuantos tipos se fueron al campo y volvieron a librar unas cuantas batallas, pero eso no fue nada. Mira en el asiento de atrás.

Encendí las luces interiores del coche y al darme la vuelta vi en el asiento de atrás un gran bulto envuelto en papel de periódico que tenía la forma de un maniquí. Como no tenía protuberancias en la zona del pecho, concluí que no era femenino.

—¿Y bien?

—En eso es en lo que he estado trabajando.

—¡Mientras yo he estado localizando zonas para los camiones!

—Cierto. Y esta vez se nos recordará mucho más que por cualquier espineta o por cualquier órgano electrónico. Sentirás que la cabeza te da vueltas. Ahora, en cuanto lleguemos a Boise... escucha. No quiero que tu padre y Chester nos creen problemas. Por eso es necesario que te informe ahora mismo. Eso que hay ahí atrás vale cien mil millones de pavos. Creo que voy a parar para demostrártelo. Tal vez en un restaurante o una gasolinera. En un sitio donde haya luz.

Maurý parecía muy tenso y sus manos temblaban más que de costumbre.

—¿Estás seguro de que no es un muñeco de Louis Rosen y que me vas a dar un golpe y harás que ocupe mi lu-

gar?

Maury me miró con aprensión.

—¿Por qué dices una cosa así? No, no lo es, pero estás cerca, amigo. Puedo ver que nuestros cerebros aún funcionan en la misma dirección, como en los viejos tiempos, a principios de los setenta, cuando éramos jóvenes e inexpertos y no teníamos a nadie detrás excepto tu padre y ese aviso para todos nosotros que es tu hermano. Me pregunto por qué Chester no se convirtió en un veterinario importante. Habría sido más seguro para todos los demás. Nos ahorraríamos muchas cosas. Pero a cambio, ahí tienes, una fábrica de espinetas en Boise, Idaho. ¡Qué locura!

Meneó la cabeza.

—Tu familia no hizo ni siquiera esto —dije—. Nunca construyó ni creó nada. Sólo son gente del montón, empleaduchos de la industria textil. ¿Qué hicieron para establecer un negocio, como Chester y mi padre? ¿Qué es ese muñeco de ahí atrás? Quiero saberlo. Y no voy a parar en ninguna gasolinera ni en ningún restaurante. Tengo la intuición de que intentas hacerme algo. Así que sigue conduciendo.

—No puedo describirlo con palabras.

—Claro que puedes. Eres un artista.

—De acuerdo. Te diré por qué fracasó el Centenario de la guerra civil: porque todos los participantes originales que estaban dispuestos a combatir y a jugarse la vida y morir por la Unión, o por la Confederación, están muertos. Nadie vive cien años, y si lo hace, no sirve para nada... no puede luchar, no puede empuñar un rifle. ¿De acuerdo?

—¿Quieres decir que lo que tienes ahí atrás es una momia o una de esas cosas que llaman no-muertos en las películas de terror?

—Te diré exactamente lo que tengo. Envuelto en esos periódicos tengo a Edwin M. Stanton.

—¿Y ése quién es?

—Era el Secretario de la Guerra de Abraham Lincoln.

—¡Oh!

—No, es la verdad.

—¿Cuándo murió?

—Hace mucho tiempo.

—Eso es lo que pensaba.

—Escucha —dijo Maury—, ahí atrás tengo un simulacro electrónico. Lo construí yo; bueno, más bien hice que Bundy lo construyera. Me costó seiscientos mil dólares, pero mereció la pena. Vamos a pararnos en ese restaurante y lo desenvolveré para mostrártelo. Es la única forma.

Sentí que se me ponía la piel de gallina.

—Vas a hacerlo.

—¿Crees que es sólo una broma, amigo?

—No, creo que hablas absolutamente en serio.

—Claro —dijo Maury. Empezó a reducir la velocidad y conectó el intermitente—. Voy a parar allí donde dice *Comidas Italianas Tommy y Cerveza Lucky Lager*.

—Y entonces, ¿qué? ¿Qué me vas a demostrar?

—Lo desenvolveremos y haremos que venga con nosotros y pida una pizza de jamón y pollo. Eso es lo que entiendo por una demostración.

Maury aparcó el Jaguar y se arrastró hasta la parte de atrás. Empezó a quitar el papel del bulto con forma humana, y vaya que sí, inmediatamente apareció un caballero de aspecto distinguido con los ojos cerrados y una barba partida que llevaba unos vestidos arcaicos y tenía las manos cruzadas sobre el pecho.

—Verás lo convincente que es este simulacro cuando pida su propia pizza —dijo Maury, y empezó a tocar los interruptores que había en la espalda de la cosa.

De inmediato, la cara asumió una expresión ceñuda y taciturna y dijo con un gruñido:

—Amigo mío, haga el favor de quitarme los dedos de encima.

Se sacudió las manos de Maury y éste me sonrió.

—¿Ves?

La cosa se sentó con parsimonia y empezó a sacudirse el polvo metódicamente; tenía una mirada fija y vengativa, como si creyera que le habíamos hecho daño, como si le hubiéramos golpeado y se estuviera recuperando. Pude ver que el camarero de *Comidas Italianas Tommy* se tragaría el anzuelo, claro; pude ver que Maury tenía razón. Si no hubiera visto cómo cobraba vida ante mis ojos, yo mismo creería que era sólo un caballero de edad, vestido con ropas anticuadas, que se estaba sacudiendo con aspecto enfadado.

—Veo.

Maury abrió la puerta del Jaguar y el simulacro electrónico de Edwin M. Stanton salió del coche y ya de pie adquirió una postura digna.

—¿Tiene dinero? —pregunté.

—Claro —dijo Maury—. No hagas preguntas tontas. Éste es el asunto más serio que has tenido entre manos en toda tu vida. Nuestro futuro económico y el de Estados Unidos, está invertido en esto. Dentro de diez años seremos ricos gracias a esta cosa.

En el restaurante comimos una pizza que estaba quemada por los bordes. El Edwin M. Stanton hizo una escena ruidosa al agitar los puños ante el propietario, y tras pagar la cuenta, nos marchamos.

Íbamos con retraso, y empezaba a preguntarme si después de todo llegaríamos a la fábrica Rosen. Así que cuando volvimos al Jaguar le pedí a Maury que se diera prisa.

—Este coche alcanzará los doscientos con ese nuevo combustible de cohetes que han inventado —dijo Maury.

—No corra riesgos innecesarios —le dijo el Edwin M. Stanton con voz apagada—. A menos que las ganancias posibles sobrepasen con creces lo invertido.

—Lo mismo te digo.